

## Guerra y revolución en Oriente Medio



La conferencia de Rabat significa un cambio, y significa también la iniciación de una etapa nueva.

¿Existe realmente una «nación árabe»? La conferencia de Rabat ha puesto una vez más de manifiesto la dificultad de aplicar conceptos abstractos a situaciones concretas. Viene sucediendo así desde hace, aproximadamente, unos cuarenta años. La gran revuelta árabe de 1916 contra el Imperio otomano encerró en sí el principio y el fin de esa gran unidad. Los árabes se apoyaron en un aliado devorador, el Imperio británico. En el mismo año, Gran Bretaña firmaba un protocolo secreto con Francia (el acuerdo Sykes-Picot), que no se descubriría hasta 1918 (lo hicieron público los bolcheviques), que dividía el Machrek —el Oriente árabe; el Maghreb es el Occidente, que cubriría los territorios de Marruecos, Argelia, Túnez y Libia— en dos grandes zonas de influencia. En 1917, la declaración Balfour —Balfour era entonces ministro de Asuntos Exteriores británico— ponía los primeros jalones para la «creación, en Palestina, de un hogar nacional para el pueblo judío». La «Gran Siria» quedaría bajo mandato francés, dividida en dos países: Siria y Líbano. Gran Bretaña inventó países como Transjordania, como el Irak; inventó jefes de Estado y los enfrentó unos con otros. Egipto, colonizado ya por los ingleses en el siglo XIX, fue la base de partida de esas operaciones: a El Cairo se le dio un aire de capitalidad del mundo árabe —como base para la lucha contra el Imperio otomano—, que no ha perdido nunca más. El golfo Pérsico quedó dividido en emiratos; esos pequeños principados debían asegurar la continuidad inglesa en la explotación del petróleo. Los diferentes estatutos, situaciones jurídicas, formas de colonización; las varias fortunas con que se ha realizado la descolonización, la pervivencia de regímenes tradicionales feudales y la implantación de regímenes progresistas en otras zonas, la diferencia de situaciones geográficas y económicas entre países que de una parte se vuelcan en el Atlántico y de otra están metidos en Asia, convierte el mundo árabe en un mosaico que difícilmente puede componer, hoy, un solo dibujo. En el fondo, sobre todo en el fondo del pueblo, hay unos grandes elementos de unidad: una religión que es al mismo tiempo espiritual y material, que suministra un orden de vida al mismo tiempo que una trascendencia; un idioma básico; un pasado

común, con una misma comunidad para las épocas de fuerza y trascendencia y para las de desgracia y opresión. Y una sensación de insatisfacción ante la vida impuesta por los otros, una necesidad apremiante de cambio. Pero las circunstancias políticas priman, hoy, sobre este fondo de la «nación árabe».

Por eso, la conferencia de Rabat se ha desarrollado de una manera abrupta y difícil, con disidentes, con portazos, con abandonos y regresos, con retrasos y prolongaciones. Concluir de ello, como han hecho muchos apresuradamente, y quizá intencionadamente, que se trata de un fracaso, es desconocer las realidades del mundo árabe. Suponer que podía salir de ella una especie de declaración de «guerra santa» o una fórmula mágica de unificación del mundo árabe era prefabricar su fracaso, puesto que tales objetivos son por el momento inalcanzables y ninguno de sus participantes se lo había propuesto. De la conferencia de Rabat, con todas sus exaltaciones temperamentales, ha salido, en cambio, una de las conclusiones más realistas del examen de la situación: que el peso y la dirección de la guerra con Israel corresponde a los directamente interesados, esto es, a los palestinos, representados en Rabat por Arafat, y que los Estados árabes deben ayudarle con todos los medios posibles a la liberación de su territorio. Prácticamente, no es más que el reconocimiento de una realidad. Pero el reconocimiento de una realidad es mucho más de lo que se puede esperar de una conferencia política. La realidad es que, desde la llamada «Guerra de los seis días», la única fuerza real que se opone al Estado de Israel es la de las guerrillas, que la existencia de esas guerrillas ha impedido ya que algunos Estados árabes puedan pactar por su cuenta —abandonando así a los palestinos— con Israel y que, al mismo tiempo, suponen una fuerza política de cierta novedad en Oriente Medio. El movimiento de liberación de Palestina, dirigido por Yassir Arafat (quien durante los tiempos de la clandestinidad se llamó Abú Amer), se adiestra y prepara desde 1956 —que se sepa— y su base política no tiene nada que ver con el panarabismo ni menos con el panislamismo. La idea de Arafat de crear una Palestina multirracial y donde todas las religiones —incluidos los hebreos— estén representadas proporcionalmente es, precisamente, lo opuesto al objetivo de «guerra santa» y a las ideas de «pacto islámico», que no hace mucho tiempo —en 1965— proponía en Casablanca el Rey Faisal para «combatir todas las ideologías extranjeras», para exaltar una fe religiosa «que es incompatible con la doctrina materialista». Nasser veía en aquel posible pacto una amenaza directa de los regímenes conservadores de Oriente Medio contra los países considerados progresistas y que, en realidad, son burguesías militares. No hubo pacto islámico y es difícil que lo haya nunca.

La acción política de Arafat, la situación internacional y la actitud de Israel parecen haber hecho descender la utopía de la «nación árabe» o de «mundo islámico», que con su perfeccionismo imposibilitaban las soluciones prácticas, al reconocimiento de este hecho real: hay un millón de palestinos expulsados de su país que viven en condiciones infrahumanas y otro millón que ha quedado bajo la ocupación de Israel en las últimas conquistas territoriales y que sufre directamente una ocupación. Se trata de la lucha de estas personas por su derecho a la vida. Las religiones quedan al margen de este problema —Arafat ha hablado de que Palestina puede ser tierra para todos los creyentes: de hecho, un gran número de árabes cristianos forman parte del Movimiento de Liberación—, como deberían quedar las ideologías. En un último fondo no será así. Ni los feudalismos ni las burguesías militares quedarán indemnes, y con su forma actual, si una situación como la que Arafat pretende se implantase un día en Palestina. Arafat es un revolucionario. No lo oculta. Lo proclama. «Las revoluciones no se hacen a fuerza de conferencias», ha declarado nada más salir de Rabat. Su misma forma de rechazar el panarabismo como base y el islamismo como motor, contradice directamente todas las doctrinas

# EN PUNTO

oficiales desde el alzamiento contra los turcos —por no remontarse a las Cruzadas— hasta nuestros días. Nasser apareció un día como una esperanza revolucionaria y no consiguió más que una tibia revolución burguesa. No se propuso otra cosa. Arafat representa una revolución popular con unos objetivos inmediatos. Ha sustituido a Nasser en la opinión pública de Oriente Medio —en la opinión pública de las clases oprimidas—. Durante años se ha evitado su ascensión. La política militar árabe ha sido enormemente inteligente al realizar operaciones de castigo contra los países que albergaban guerrilleros, con objeto de acrecentar la separación y aun la hostilidad entre Estados árabes y movimientos palestinos. Los combates del ejército regular libanés contra los guerrilleros hace unos meses eran fruto de esa habilidad israelí y de la hostilidad real de los gobiernos establecidos contra los guerrilleros. El hecho de que Arafat haya salido ahora reconocido y triunfante en una conferencia de jefes de Estado árabes supone un cambio radical de la situación.

No hay que pensar, ciertamente, que este cambio sea plenamente aceptado por todos. Hay, por una parte, un intento de «integrar» al Movimiento de Liberación de Palestina. Por otra, la esperanza de que se desgaste por sí solo, bien porque sea destruido en la lucha contra Israel, bien porque sus objetivos no sean alcanzables. Todo ello es posible. La conferencia de Rabat significa un cambio. Y significa también la iniciación de una etapa nueva. Puede ser efímera. Pero puede, también, marcar un cambio definitivo en toda la situación de Oriente Medio.



Arafat: una revolución popular con unos objetivos inmediatos.



JOHNSON, RESPONSABLE DEL INCIDENTE DE TONKIN.

## Propuesta en el Senado de Estados Unidos: LA GUERRA DEL VIETNAM ES ILEGAL

En los primeros días de agosto de 1964 se produjo el misterioso, oscuro e histórico «incidente del Golfo de Tonkin». Los Estados Unidos acusaron a las lanchas norvietnamitas de haber abierto fuego contra el navío norteamericano «Maddox»; respondieron con un bombardeo sobre las instalaciones costeras de Vietnam del Norte. Fue el principio de la escalada. El Presidente Johnson pidió al Congreso que aprobase su acción de guerra. Sin debate ni estudio profundo de los hechos —el secretario de Estado, Rusk, presentó un informe escasamente detallado, muchos de cuyos extremos se revelaron posteriormente inexactos—, la «resolución del Golfo de Tonkin» dio al Presidente poderes para continuar la guerra libremente. Se trata ahora de que el Congreso se vuelva atrás de aquella resolución. Es la propuesta del senador Charles McC. Mathias, que ha encontrado un cálido apoyo en el Senado. Mathias quiere dar la vuelta, aún más allá, al reloj de la historia. Quiere que se anulen las resoluciones llamadas de Formosa, Cuba y Oriente Medio; quiere que se vuelva a examinar la legalidad de la decisión del Presidente Truman de declarar la «emergencia nacional» en el año 1950, es decir, en el principio de la guerra de Corea, decisión que le permitió comprometer al país durante tres años en una guerra sangrienta sin consultar al Congreso. Como puede sospecharse, la propuesta de Mathias no es puramente académica, no trata simplemente de borrar el pasado. Su intención es la de evitar que Nixon, o quien le suceda en el futuro en la Presidencia de los Estados Unidos, pueda llevar por sí solo el país a la guerra. Como se sabe, la Constitución de los Estados Unidos no permite que el Presidente declare

una guerra sin la aprobación del Congreso. Los Presidentes se las han arreglado hasta ahora para llevar adelante guerras sin citar su nombre, sin declararlas. Tolerando o dejándose sorprender por estas maniobras, el Congreso ha ido perdiendo uno de sus más poderosos medios de control sobre el poder ejecutivo, en detrimento de la democracia. Pero, de ser aprobada, la propuesta del senador Mathias podría tener otro alcance mayor. El rechazar, con efecto retroactivo, las resoluciones de guerra sin nombre, las autorizaciones para que el Presidente pudiera enviar tropas norteamericanas a puntos de combate; ocurriría que los actuales combatientes en el Vietnam estarían en una posición ilegal, o al menos anticonstitucional. Sin la «resolución del Golfo del Tonkin» Johnson no hubiera podido, legalmente, enviar e incrementar su cuerpo expedicionario. Por lo tanto, si aquella resolución se anula, Nixon tendría que proceder a retirar inmediatamente los combatientes americanos en el Vietnam, fuesen cuales fuesen las consecuencias. Es posible que el proyecto de Mathias se examine solamente desde un punto de vista jurídico y no histórico. Si se examinase desde el punto de vista histórico, tendría que investigarse de nuevo el «incidente», y puede que se llegase a la conclusión de que fue provocado directamente por los Estados Unidos con la exclusiva intención de poder iniciar una escalada que, según Johnson y sus asesores inmediatos —McNamara y Rusk—, debería conducir a Vietnam del Norte a suspender inmediatamente la guerra, pero que, como se ha visto en estos cinco años, ha tenido consecuencias diametralmente opuestas.